

# Paseo filosófico a Las Ventas<sup>1</sup>

ALFONSO GARCÍA NUÑO

ORCID: 0009-0007-4597-0819

DOI: 10.62860/AP.25

*Brindo este toro a mi tío Manolo*

Iba caminando el pasado otoño por la calle de Alfonso XII y, al ver al fondo la Puerta de Alcalá, recordé una anécdota que contaba Xavier Zubiri: «[Ortega me dijo], pasando un día ante una casa en construcción en la plaza de la Independencia: “Si usted y yo trabajáramos en esa casa, nos verían desde la calle en el alto de un andamio peleando por el uno de Parménides”. Y así fue»<sup>2</sup>. Toda una gigantomaquia entre belleza y técnica filosóficas.

Un poco más adelante vi a dos personajes, uno con traje claro, el otro de oscuro; estaban parados y charlando en la esquina más cercana a la placa que recuerda el lugar de nacimiento de Ortega y Gasset. El uno hablaba mientras gesticulaba; el otro, el de traje oscuro, más tímido, tendía a escuchar y responder brevemente. Cuando llegué a su altura, el más alto se volvió a mí y me dijo: «Le estábamos esperando». No salía de mi asombro, eran Ortega y Zubiri.

---

1 Texto de la conferencia que tuvo lugar el 23 de abril de 2024 en el ICAM, organizada por su Sección de Derecho de la Tauromaquia.

2 Zubiri, 1983, p. 28; Zubiri, 2006, p. 227.

Aturdido le respondí: «¿Cómo es esto?». Ortega me dijo: «Es que, aunque sea en la lejanía, nos gusta estar al tanto de lo que se escribe de nosotros y, ya que Vd. lo ha hecho, no estaría de más que nos conociéramos mejor, que continuáramos de otra manera el diálogo que desde hace años ha mantenido Vd. con nosotros».

No pude por menos de recordar cómo cuenta Edith Stein la visita que le hizo Sto. Tomás a Husserl con motivo de su septuagésimo cumpleaños. Pero, ¿quién era yo al lado del padre de la fenomenología para ser digno de tal privilegio y qué ocasión era aquella, si no era nada más que una de esas hermosas tardes de otoño que Madrid nos regala?

«Bueno —prosiguió Ortega—, ¿qué le parece que le demos la alternativa? Yo bien podría ser el padrino y Zubiri el testigo».

Torpemente les dije: «No entiendo nada».

Ortega con una sonrisa miró a Zubiri y luego me dijo: «Esta tarde hay toros en Las Ventas. Podríamos ir los tres dándonos un paseo, la calle de Alcalá adelante, mientras Vd., como filosofocantano, nos va diciendo qué piensa que sea una corrida de toros desde un punto de vista filosófico».

«Yo, más que encantado de pasar la tarde con Vds. —les dije— y de ser su ahijado, don José, pero no sé si estaré a la altura y si me dará tiempo».

Ortega, un tanto socarrón, me dijo: «No se acomode en tablas y váyase a los medios, que este astado da para ello. Por otra parte, no se preocupe, es imposible dar todos los pases imaginables en una sola faena».

Zubiri, hasta entonces callado y siempre amablemente sonriente, intervino: «Pero qué sea formalmente una corrida, qué sea en tanto que corrida de toros».

«Me parece muy acertada la puntualización —le respondí—. Está muy bien hablar de muchas cosas sobre la tauromaquia, de si es algo ético o no, de si es una costumbre bárbara o, por el contrario, una de las más elevadas expresiones de cultura, de si crea o no puestos de trabajo, de si es una seña de identidad de lo español, de todo lo que se quiera hablar, pero, si no ponemos en claro qué sea formalmente, estaremos hablando en el aire. Se trata de algo lo suficientemente importante como para dedicarle no solamente un grato paseo filosófico a Las Ventas, sino mucho más. Hasta se podría escribir toda una filosofía simplemente intentando responder a la pregunta que Vds. me hacen».

Ortega me interrumpió: «Cuando se habla de los toros, como en tantas otras cosas, normalmente poco se ha pensado en ello antes. También hoy, “en nuestro país nada abunda tanto como el hombre perfectamente estúpido que se apresura a dar su opinión apreciativa sobre las cosas sin haber pensado previamente en lo que éstas son, siquiera durante una fracción de segundo y que, sobre todo, cree cuando ha emitido su juicio adverso sobre una realidad, haberla aniquilado”<sup>3</sup>».

«No nos demoremos más —dijo Zubiri—. Entréguele los trastos y *procedamus in pace*, mas no en silencio».

«Pero no espere —le dije— que siquiera sea sombra de aquel paseo en que Vd. con una rosa en la mano, camino a una conferencia de nuestro contertulio, le fue explicando a José Gaos, por las calles de Madrid, qué era la fenomenología de Husserl».

Y Ortega añadió: «Atentos le escuchamos, pero, en nuestro caso, camino al ruedo».

Nos pusimos en marcha y, ya con la muleta y el estoque, mientras cruzábamos la calle hacia El Retiro, me dispuse a empezar atrevidamente con una serie de naturales:

«Pues bien, yo diría, de entrada, que una corrida de toros es un acontecimiento festivo. Es un acontecimiento de acontecimientos, pero festivo de puro artístico, a pesar del drama en vivo que en él tiene lugar y no simplemente representado o de ficción. Ahora solamente nos queda por decir qué sea un acontecimiento, qué acontecimiento sea y qué hace que sea festivo.

Me parece que un acontecimiento es un encuentro de realidades y, como realidades que son, en acción, pues hasta el reposo es un modo de ella. En tanto que realidades, como profundamente tantas veces ha señalado don Xavier, no son ninguna extraña totalmente a las demás, no son mónadas aisladas, sino que unas son respectivas a las otras».

«Así es —ratificó el donostiarra—. Cuántas veces, en mis cursos, he insistido en que “la respectividad remite cada cosa real a otra, [que] tiene, por tanto, una dimensión remitente. Pero para poder remitir lo real a otras realidades, cada cosa real empieza por ser *constitutivoamente* abierta”<sup>4</sup>».

«Por ser algo de-suyo las realidades —proseguí—, no tienen sin más que tender puentes entre sí como islas que estuvieran completamente aisla-

3 Ortega, 2009b, p. 471.

4 Zubiri, 1986, p. 35.

das. El encontrarse las realidades las unas con las otras no es algo extraño, pues están, tienen estancia en esa respectividad que constituye el mundo. El torero es una realidad y el toro es otra y uno y otro se pueden encontrar porque son respectivos y, desde esa respectividad, se encuentran. Los que eran respectivos traban lazos en una singular pugna. Es el encuentro central, aunque no único, de una corrida.

Pero no solamente las realidades son formalmente respectivas, sino que también son dinámicas y yo diría que también radicalmente finalistas y dativas.

Tanto el toro como el torero persiguen un fin, no importa que se sea consciente o no de ello. El toro desde luego no lo es, pero obra para algo, como todos los seres vivos».

Zubiri me salió así al encuentro: «En sus acciones tanto activas como pasivas, el viviente actúa no sólo por las notas que posee sino también en orden al sistema que constituyen. [...] Se vive por y para ser sí mismo»<sup>5</sup>.

«Difícilmente se podría decir mejor —continué entonces—. No importa que su obrar sea conforme a un complejísimo sistema de instintos, el caso es que su dinamismo se encamina a un fin por desconocido e incognoscible que para él sea.

En el caso del torero, como hombre que es, su obrar está encaminado a un fin y le puede estar intelectivamente presente, pero su obrar ni está determinado por los instintos, aunque estos tengan su papel, por pequeño que sea, ni tiene un fin clausurado, como sí le pasa al toro, sino que, para él, tanto lo que va a hacer como para qué lo va a hacer están abiertos.

Así pues, el acontecer tauromáquico es un encuentro entre lo determinado del toro y la libertad del hombre, un encuentro de lo que de suyo es sólo naturaleza y del que es historia.

Pues bien, en ese encuentro de dinamismos concretados en actos y fines, toro y torero quedan envueltos el uno por el otro. La datividad de cada uno lo hace ciertamente destinatario de la acción del otro y queda configurado por toda ésta, terriblemente cuando tiene lugar una cogida. Además son destinatarios del para, del fin de la acción, que está subordinado al fin último del que obra, pero también de su sola presencia. Se envuelven, así pues, el uno al otro en muy distintos planos: por lo que son, por su

---

5 Zubiri, 2012, p. 41-42.

presencia, para lo que son y por su acción. Si habláramos de pasividad en vez de datividad, centraríamos nuestra atención en el padecer la acción de otro, pero, por más que haya esto, lo cierto es que muchas veces somos incluso destinatarios de acciones sin propiamente padecerlas, las hay que no son nada más que inmergir lo otro en un sentido. Una mirada amorosa tiene a alguien como destinatario, pero difícilmente podríamos hablar de que padezca una mirada. Y siempre unas cosas y otras quedan mutuamente envueltas. Por meramente instintiva que sea una leona, su sola presencia nos convierte en presas, aunque no nos ataque».

«Una imagen interesante —dijo Zubiri— para empezar una explicación sobre qué es lo que entiendo por actualidad a diferencia de actuidad y qué es la anterioridad de la realidad al ser».

«Si Suárez le hubiera leído a Vd. —le dije— a lo mejor hubiera dicho que el ser presa cobra actualidad por resultancia.

Pero además de la actualidad de las realidades, está su obrar. Si bien nada sea reducible al suyo, sin embargo, cada cosa tiene un modo propio de hacerlo. El toro, el suyo, lo mismo que el torero.

Como decía, el obrar de cada uno lo es para algo, con vistas a un fin, aunque éste sea inconsciente y, en el caso del toro, habría que decir siempre aconsciente. Lo más característico del fin del toro a diferencia del torero es que, lo mismo que su obrar, su fin, completamente aconsciente para él, está clausurado. El toro, como cualquier ser vivo, tiene un fin que lo define como ser vivo, pero ni puede conocerlo ni puede definirlo.

En cambio el torero tiene un fin abierto. Lo que no quiere decir que no sea para uno. Unamuno hablaba de apetito de divinidad en el hombre, tanto en mujeres como en varones, de una querencia a ser siempre y ser más. Pero ese fin se le presenta abierto e imposible de alcanzar por sus propios medios, lo para él más imprescindible es lo más inalcanzable. He ahí el drama más profundo del hombre, he ahí donde se juega su autenticidad. Puede elegir uno u otro fin, puede dejarse llevar por la corriente social que le marque uno, pero puede rebelarse contra ello... y puede descubrir que hay uno que le es ofrecido, mas nunca impuesto, aunque de él no se pueda desligar, por más que lo pueda rechazar. Sea cual fuere el que elija, en el fondo, lo que busca es saciar esa querencia a ser siempre y ser más. En cualquier caso, el torero vive conforme a un fin último en su vida en el cual cobra sentido

su arte y, en el cual, queda también envuelto el toro. Lo mismo que él está envuelto en el de aquél.

El toro de-suyo, al margen del mundo de la tauromaquia, es uno. En el encuentro con el torero queda transformado en otro. No porque cambie lo que de-suyo sea, sino porque queda inmerso en un sentido».

«Yo, algunas veces —dijo Ortega— he hablado de pragmata».

A lo que añadió Zubiri: «Yo he preferido cosa-sentido».

«Unamuno —continuó— hablaba, como Vds. saben, de enser. Me parece un término menos duro al oído y más acertado, porque lleva dentro de sí la palabra ser, pero tiene el inconveniente de que suena demasiado utilitario, sobre todo cuando se usa en plural. Acaso bastaría hablar simplemente de ente, aunque con un sentido muy distinto al clásico.

El toro no es solamente lo que de-suyo es, sino que también está formalizado por el sentido con que queda troquelado por su encuentro en la lidia. Pero no basta con encontrarse con un torero para ser toro de lidia, hace falta aptitud para serlo, ha de ser adecuado para ese fin y es para la lidia para lo que ha sido criado; ahí ya había empezado a serlo. No cualquier realidad sirve para la lidia, ni siquiera cualquier toro. Por eso, en buena medida, la fiesta taurina se juega su futuro en esto. ¿Qué cualidades ha de tener para ser adecuado para la lidia? ¿Qué aptitud ha de tener?

Ciertamente ha de tener trapío, presencia hermosa que impone respeto. La tauromaquia es una lucha bella, pero es una belleza preñada de dramatismo, un encuentro de poderes y, por tanto, de dominio, donde se pone en juego el seguir siendo y siendo más. Un toro que solamente fuera apto para darle pases sin cuento mientras sus fuerzas lo permitieran terminaría convirtiendo la tauromaquia en una danza peculiar o en un número circense. El toro ha de ser noble, pero ha de comportar peligro por combativo y poderoso, no puede no ser bravo. La vida, por más que no nos guste, tiene peligro y una que lo sea auténtica asume riesgos. El oponente ha de ser digno de lo que es la aventura de ser hombre y mide la idea que tengamos de nosotros mismos. El toro es así mensura y espejo de humanidad.

Esa realidad, que es el toro, también el torero, porque el toro lo hace torero, yo diría que es una realidad *anceps*<sup>6</sup>, que de-suyo es lo que es y es, a la par, aquello con que queda revestido en el encuentro taurino.

---

6 Sería el hipotético resultado de la evolución al español de la palabra latina *anceps-cipitis*, es decir, de dos caras.

Como decía, el toro es algo clausurado en todo un complejo sistema instintivo, por ello, en la plaza es solamente agente, como diría Vd. don Xavier. Se limita a ejecutar los actos que le van dictando sus instintos en cada momento».

«Y el torero —completó Zubiri— es además actor y autor».

«Yo diría —añadí— que también espectador. Agente, porque como el toro ejecuta unos actos.

Actor, porque interpreta algo recibido en tradición, él no ha inventado qué es ser torero, un modo de ser hombre, de vivir. Es un modo de ser que secularmente se ha ido cincelandando y al cual cada diestro, solamente por ser quien es, modela incluso sin pretenderlo. Como el pianista interpreta una partitura, el torero interpreta un papel.

Pero lo interpreta tomando sus propias decisiones y dándole su personalidad. Por eso el torero también es autor. Por más que sea cada torero tan torero como cualquier otro, por más que sea algo recibido e interpretado por cada uno, esa libertad e idiosincrasia de que cada uno goza lo lleva a ser autor de su propia torería. Y la genialidad lleva a los más grandes autores de la tauromaquia a ser los que más huella hayan dejado en ese modo de ser que es ser torero. ¡Cuántas veces el diestro se mueve sin saber conscientemente que en ese momento se hace en él presente el modo de hacer de algún maestro del pasado!

Y, como decía, el torero es también espectador. Ese acontecimiento que tiene lugar, ese encuentro entre él y el toro, en virtud de ser una realidad inteligente, está ante él. Está toreando, sabe que está toreando y sabe que lo sabe.

Cuando una faena va más allá de una sin más, cuando se trasciende el arte como técnica taurina y se hace arte con mayúsculas, entonces es cuando verdaderamente se es autor y es cuando la contemplación llega a su cenit. En ese momento, cesan los pensamientos y cálculos, se rompe toda fragmentación y dualismo. Torero y toro se han hecho uno, le parece que “el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada”, se le antoja al diestro que todo en silencio quedara y siente como si moviera a su ritmo todas las esferas celestes. En ese momento, es como si todo prístinamente acabara de salir de las manos del creador y estuviera ejerciendo de virrey de Dios en el cosmos. Enfrentándose a la muerte, en esos momentos, siente que no es para ella. En tal ocasión tiene lugar el entusiasmo».

«Ese trascender del arte del que Vd. habla —me dijo Ortega— de repente me ha evocado el cuadro de *Las hilanderas* de Velázquez».

«No me extraña —le dije—, pues, en esa magnífica pintura, como Vds. bien sabrán, el pintor sevillano hace una reflexión sobre qué sea el arte.

Desde el espectador hasta el fondo último del cuadro, hay una serie de planos. En el último de todos, está el mito del rapto de Europa. Zeus, *trans-formado* en un toro ensabanado, estaba, entre el ganado del padre de la princesa fenicia Europa, junto a la playa. La bella moza se acercó a él y lo acarició. Al ver su mansedumbre, se montó a sus lomos y entonces Zeus se la llevó al mar y la *trans-portó* nadando hasta las costas de Creta.

El primer plano del cuadro está fuera de él, somos nosotros, los espectadores. En el plano más cercano y el menos luminoso, aunque el más nítido, una mujer corre un velo, como si fuese un telón de teatro, y, al hacerlo, parece que el arte quisiera desvelarnos su misterio.

Pues bien, ese primer plano del lienzo, que es como un escenario, forma ya parte de la irrealidad del cuadro».

Ortega en ese momento, cuando poco nos faltaba para llegar en nuestro paseo a la altura de la calle de Goya, intervino de nuevo: «“El realismo de Velázquez no es sino una variedad del irrealismo esencial a todo gran arte”<sup>7</sup>. En el modo pictórico de irrealismo, Velázquez deja al objeto “estar ahí —lejos—, en ese terrible “fuera” que es la existencia fuera de nosotros”<sup>8</sup>. Por lo que “dejar el objeto reducido a su pura visualidad es una manera como otra cualquiera de desrealizarlo”<sup>9</sup>.

En el caso del teatro, la desrealización tiene lugar principalmente gracias al actor cuando niega la propia realidad para que quede sustituida por el personaje representado: “Esto es re-presentar: que la presencia del actor sirva no para presentarse a sí mismo sino para presentar otro ser distinto de él. [...] De suerte, que lo que no es real, lo irreal [...], tiene la fuerza, la virtud mágica de hacer desaparecer lo que es real”<sup>10</sup>. Lo que ocurre en el teatro es metáfora: “El escenario y el actor son la universal metáfora corporizada, y esto es el Teatro: la metáfora visible”<sup>11</sup>. Ya había dicho yo en un ensayo de estética que “el objeto estético, encuentra su forma elemental en

7 Ortega, 2006b, p. 645.

8 Ortega, 2006b, p. 646.

9 Ortega, 2006a, p. 909.

10 Ortega, 2009a, p. 837.

11 Ortega, 2009a, p. 838.

la metáfora. Yo diría que objeto estético y objeto metafórico son una misma cosa, o bien, que la metáfora es el objeto estético elemental, la célula bella"»<sup>12</sup>.

«En nuestro caso —proseguí—, se juntan teatro y pintura, haciendo Velázquez una extraordinaria metáfora. En ese plano cercano, están las hilanderas, humildemente vestidas. Con su arte, como técnica y capacidad de hacer algo, solamente pueden obtener, desde la materia prima de la lana, el hilo que se va a utilizar en la obra artística del tapiz. Una anciana a la izquierda junto a una rueca y una joven a la derecha con la devanadera son acompañadas por otras tres mujeres en el taller.

Tras las hilanderas, nuestra mirada entra en un recinto de luz, un nuevo escenario más elevado que el anterior, es el espacio de las bellas artes. Ahí aspa, devanadera, rueca, huso y carda son remplazados por una viola de gamba y los ovillos de lana por aquello en que se han *transformado*: los tapices.

También tenemos ahí cinco mujeres formando asimismo, en dos planos, una combinación de pareja y trío. Las de éste van vestidas elegantemente como de la corte mujeres. Una de ellas nos mira a nosotros los espectadores, invitándonos a ir más allá de las hilanderas y entrar en el ámbito del arte. Las otras dos contemplan la disputa entre Palas Atenea y Aracne, la del centro del lienzo. Este enfrentamiento ya estaba introducido en la escena más cercana, en la que Atenea, bajo apariencia de vieja, como Ovidio nos cuenta, con Aracne se había encontrado, devanadera en mano en el cuadro.

Famosa era esta joven mortal por su destreza en el arte de tejer y había retado a la diosa a ver cuál de las dos era mejor tejedora. Velázquez, con esta competición, nos hace ver que es en el arte donde el hombre asintóticamente puede acercarse, en lo que a su capacidad natural hace, a lo divino en un crecimiento sin término.

En el ámbito del arte, tras Atenea, vestida de guerrera, y Aracne, se encuentra, en un subsiguiente plano, el tapiz que ha salido de las manos de ésta: *El rapto de Europa*. Velázquez plasma en él el cuadro que, con ese tema, había pintado Tiziano y del cual Rubens había hecho copia en un viaje a Madrid. El pintor sevillano nos hace ver así que su pintura está en una tradición, pero, a la par, que la tradición es creativa. Todo arte forma parte de una tradición creciente, pues, si así no fuera, no sería tradición, sino mera repetición. Con razón decía Unamuno que sólo progresa la tradición.

---

12 Ortega, 2004, p. 673.

Pues bien, en esa creatividad de la tradición, cabría pensar que tal vez ese último plano nos diga algo más del arte: que éste es metafórico, como Vd. don José tantas veces ha dicho, que siempre nos trans-porta. En el arte algo se viste de otra cosa, como Zeus de toro, para que nos dejemos llevar más allá de donde estamos, a un ulterior plano que trasciende el horizonte que vemos desde los límites de nuestras costas».

«Por lo que Vd. dice —anotó Ortega—, parece que tuviera razón Unamuno cuando escribía, diez años antes de mis *Meditaciones del Quijote*, que “hasta ahora [la filosofía española] no se nos ha revelado, que yo sepa, sino fragmentariamente, en símbolos, en cantares, en decires, en obras literarias como *La vida es sueño*, o el *Quijote*, o *Las Moradas*, y en pasajeros vislumbres de pensadores aislados”<sup>13</sup>. Y también cabría decir que en cuadros. ¿Por qué no pensar que, además de poder filosofar sobre la tauromaquia, haya también en ella una filosofía silenciosa?».

Y retomé entonces lo que diciendo estaba antes de que atrajera nuestra atención una de las salas de El Prado: «Pues eso que alcanza el torero en el trascender de su arte es lo que el aficionado también anhela, ese ir más allá de las cotidianas costas, poder participar de ello, poder vivir vicaria y momentáneamente que él también es virrey, que, aunque vaya a morir, no es para la muerte; él también quiere ser siempre y ser más, entusiasmarse. Para unos momentáneo consuelo, para otros llamada.

No basta con que toro y torero se encuentren, es menester la afición. Una corrida de toros es un acontecimiento de acontecimientos y estos dos encuentros son los constituyentes.

Lo constituyente de ese acontecimiento que es la corrida de toros es el encuentro de toro y torero, pero también el encuentro del espectador con ese encuentro de toro y torero. Un toro y un torero pueden encontrarse en una dehesa sin nadie que los vea e incluso en una plaza de toros completamente vacía, pero eso solamente sería torear un toro. Sin el espectador no hay corrida. Pues bien, el espectador es también agente, actor, autor y, por supuesto, espectador. Hasta el punto de que participa también en la ritualidad de la lidia cumpliendo un papel propio. No es la suya una expectación meramente receptiva.

---

13 Unamuno, 1996, p. 1161.

Entre esos dos acontecimientos constituyentes del acontecimiento corrida de toros, hay una jerarquía; sobre toro y torero, en su pugna, se apoya el acontecimiento de la expectación. Junto a estos y con jerarquía menor, están todos los que son imprescindibles para una lidia reglada. Todos los demás que han lugar en la corrida podrían no tener lugar y seguiría habiéndola. Los acontecimientos centrales constituyen no solamente la corrida, sino también la posibilidad de que se den también los otros tipos de acontecimientos. Unos han ido apareciendo, otros desapareciendo a lo largo del tiempo, unos pueden faltar en algunos casos, otros darse sólo ocasionalmente, pero siempre porque la fecundidad de los acontecimientos constituyentes posibilita su presencia y, a la par, se bastan por sí, aun dándose la ausencia de los otros.

El encuentro de toro y torero, como hemos ido viendo, es asimétrico. En el toro no hay arte, por más que su comportamiento instintivo sea merecedor de una vuelta al ruedo e incluso del indulto. El torero, con su arte, se encuentra con el toro. La tauromaquia es técnica, es un modo de obrar ante y con el astado. Pero no es un arte que tenga por finalidad la muerte del toro, aunque ésta sea el término usual de la faena. La finalidad del arte de la tauromaquia es el arte no como habilidad para hacer algo, sino como trascendencia.

En la existencia cotidiana, en el día a día, vivimos entre la conformidad con nuestra pequeñez y lo obvio, lo que nos sale al paso envuelto en lo que se piensa, en lo que se considera, en la interpretación que los hombres le damos a la realidad. Más, como diría don José, siendo gente que personas. Es lo consabido por todos, hasta el punto de que no caemos en cuenta de que no sea nada más que una interpretación de la realidad y no la realidad misma, que es solamente un modo de ver la vida, sin caer en la cuenta de que la vida muy bien podría ser de otra manera, especialmente la nuestra propia. Vivimos no pocas veces como desposeídos de nosotros mismos en lo que se suele considerar que sean y hayan de ser las cosas, incluso nosotros mismos, o, al menos, muy por debajo de la plenitud que podría ser. Pero también podemos vivir bajo el engaño de un fin vital que hemos elegido y que no pasa de sucedáneo o bien aturdidos para no sentir la sed del verdadero.

El dolor y los dramas que la vida nos trae, lo inesperado y sorpresivo, nos zarandean de ese indiscernido y egosintónico estado de somnolencia e inercia vitales en que solemos estar y, por un momento, parece romperse

lo obvio, parece como si la vida pudiera ser más, tener una autenticidad que mantuviera escondida el ir y venir diario. Pero lo que quiebra momentáneamente el vivir corriente no nos da respuesta, solamente nos abre la sospecha, la pregunta, la inquietud por algo más. Pero esa quiebra, con frecuencia, queda cegada por la corriente arrolladora de la inercia de lo usual, incluso por el miedo a lo que podrá haber más allá de lo acostumbrado.

El arte, cualquiera que éste sea, no es sin más lo sorprendente, no es simplemente el impacto de lo novedoso o inusual. La reducción del arte a nada más que lo llamativo es su muerte. El verdadero arte no se limita a abrir una pequeña brecha en la somnolencia cotidiana, sino que nos lleva a trascenderla, a ir más allá, nos porta más allá de donde solemos estar, a lo que siempre está ahí, pero que no alcanzamos a palpar en nuestro día a día. Del mundo convertido en utilidad a la nuda realidad, de lo sucedáneo a lo auténtico, de lo inmediato a ese más de la realidad irradiando en ella que es la belleza. Incluso nos puede llevar a lo alto del monte Nebo para contemplar, aunque sea por un instante y desde la lejanía, qué hay más allá del Jordán. Siempre un camino hacia la autenticidad, hacia el propio centro.

El toreo es un arte único, sin par. Todo arte, aunque conmueva nuestra vida toda, tiene algo de parcial. La obra de arte suele ser un fragmento que sale al encuentro del espectador. Lo visual en el cuadro, lo sonoro en la música... incluso la novela, el teatro, el cine a lo más que llegan es a ser realidad vital en ficción. Pero el toreo es la vida misma, el drama que es ella, ejerciéndose a sí misma y, en esa ejecutividad de sí, nos lleva a trascender del día de labor. Todo arte es metafórico, nos transporta a un más allá, a un gozo festivo, pero el toreo es fiesta, porque asistimos en vivo a la vida, sin ahorrarle siquiera eso que no queremos ver y es la muerte, mas una vida trascendida más allá de cualquier hibernación.

Al hombre la vida le es dada, como diría Vd., don José, como algo por hacer y ha de hacerse con las cosas. El hombre, ser histórico, en ese hacer su vida se encuentra con la naturaleza y con ella ha tenido que luchar y lucha, no solamente para sobrevivir, sino para ser verdaderamente, para poder llevar a cabo eso pendiente de ser que es la vida humana, conformarse en orden a un fin, a ese apetito de ser siempre y ser más.

Y, aunque el toreo es la vida misma ejecutándose, como quiera que es arte, es vida reducida, concentrada en lo más esencial de ella. Por ello, se emboza

de irrealidad, sumergiéndose en la ritualidad festiva y vistiendo traje de luces, para poder ser metáfora y así trans-portarnos allende nuestras costas».

«A mí me ha gustado decir —dijo Ortega— que el hombre es un animal lujoso».

«Una expresión magnífica, mucho más hermosa y expresiva que animal racional —continué diciendo—. No nos basta con lo que para cualquier otro animal es imprescindible. No nos es suficiente con comer, beber, dormir, etc. Para nosotros lo necesario es lo que excede lo meramente animal. Y esto es posible porque, como diría don Xavier, el hombre es animal de realidades y, por ello, vive en la apertura lujosa de la realidad.

Por eso, digo que lo propio del arte de la tauromaquia, a diferencia de las otras artes, es la vida ejerciéndose a sí misma. No es interpretación de un drama, sino el drama mismo de la vida ante nosotros. El torero lujosamente se enfrenta, en la historia, a la naturaleza. Para matar utilitariamente un toro, sobra casi todo lo que tiene lugar en una corrida. Pero el toreo es vida ejerciéndose a sí misma de modo lujoso. El toreo convierte el vivir en arte y muestra que el verdadero arte de vivir, que siempre puede ejercerse, incluso en las circunstancias más extremas, opresivas y dolorosas, tiene su culmen en la irradiación de la belleza. El arte de vivir demanda que convirtamos nuestra vida en arte y el arte de amar es lo más bello. Por eso, el toreo ha de ser también un acto de amor. Sin él, no sería posible llegar a esos momentos de comunión que extraordinariamente, en las tardes de triunfo, tienen lugar entre los que forman parte de esa corrida. El toreo es una donación de transcendencia y, por ello, la corrida ha de ser vida como auto sacramental.

Es lo que espera en el fondo el aficionado, encontrarse con la vida hecha arte y participar en ese momento en que la vida se trasciende a sí misma, acoger lo que el arte del torero le ha brindado.

Y como la vida es peligro, no solamente por las dificultades a las que ha de enfrentarse, algunas veces con tintes de extremo dramatismo, sino sobre todo porque lo que está en juego es la propia vida, que sea o no cumplida, por eso, el peligro es algo intrínseco al arte del toreo. El torero ciertamente se juega la vida física, pero se juega ante todo, como cada uno de nosotros en su día a día, el ser quien está llamado a ser. En cada faena la muerte acecha, pero también la inautenticidad.

Cada faena está preñada de esperanza, de ese más anhelado, las más de las veces indiscernida e inconscientemente, por el torero y la afición, que,

al ser vivido, hace paladear el gozo festivo que el apetito más profundo nos hace añorar».

Zubiri, tras un momento de silencio en que los tres quedamos, dijo, como echándome un capote para que pudiera continuar la faena, aunque fuera en otros terrenos: «Si bien yo lo he pensado para la sustantividad, no sé si se pudieran emplear, para un acontecimiento de acontecimientos, mis nociones de organización, solidaridad y corporeidad: ¿A Vd. qué le parece?».

«Viniendo de Vd. —le dije—, una sugerencia magnífica como no podía ser de otra manera. Tanteemos, aunque sea fugazmente, esa posibilidad con lo que ahora nos traemos entre manos, que es la corrida de toros, la cual está lejos de ser una sustantividad, pues es, como decía, un acontecimiento de acontecimientos.

Pues bien, cada uno de los acontecimientos que constituyen el gran acontecimiento, que es cada una de las corridas de toros, tiene una determinada posición funcional respecto de los demás, lo que da lugar a que cada una de las corridas de toros goce de organización. Dicha organización tiene elementos comunes e invariables, es decir, que la posición funcional de algunos de los acontecimientos que en ella han lugar y que, a la par, la constituyen, ha de ser la misma en cada corrida, pues, aunque lo que tenemos son corridas de toros individuales y determinadas, todas convienen en algo, formando así una misma clase de acontecimiento.

Ahora bien, aunque todas convienen en unos acontecimientos y en la posición funcional de los mismos, sin embargo, hay variaciones. Las corridas son diferentes ciertamente porque las realidades que intervienen en ellas lo son; si no, que le pregunten a un aficionado si es lo mismo que el cartel lo formen unos matadores u otros o que se lidie una u otra ganadería. O preguntémosles a los toreros si es lo mismo un público que otro.

Pero no sólo, además de esta variedad en las realidades que entran en juego en los acontecimientos que conforman una corrida y el comportamiento que tengan, la posición funcional de los mismos también conlleva una variedad. En una gran plaza de toros, hay miles de espectadores y, por tanto, miles de acontecimientos de expectación. Cambiemos esos miles de aficionados de posición. No es lo mismo el acontecimiento de encontrarse expectativamente con la faena desde un tendido de sombra que desde uno de sol ni es lo mismo tendido que barrera. Pero además pensemos en un festejo en que en los tendidos de sombra estuvieran sentados

los espectadores de más edad y en los de sol los más jóvenes. Siendo las mismas personas, la corrida sería distinta por la posición de cada uno. No solamente por la distinta posición de cada uno respecto del acontecimiento toro-torero, sino también por la posición de cada uno de los espectadores entre sí.

Pero, además de esta organización y fundada en ella, entre los acontecimientos constitutivos de una corrida hay solidaridad. Entre cada uno de ellos hay una interdependencia. Unos dependen de otros y todos dependen de todos, por más que algunos, como ya les dije, gocen de una jerarquía de la que los otros carecen, por más que unos sean prescindibles para que haya una corrida de toros. Sin la prensa, podría haber corrida, pero una vez que hay, v. gr., un fotógrafo encontrándose en su labor con unas gaoneras o bien con unas talaveranas, no sólo hay una dependencia de la fotografía respecto del lance, sino también de éste respecto del fotógrafo, pues es el pase de esa concreta corrida en que hay un fotógrafo. ¿Se torea igual con cámaras de televisión que sin ellas?

Junto a esta organización y solidaridad de los acontecimientos, el gran acontecimiento de la corrida de toros tiene actualidad, es decir, goza de presencia ante los demás hombres, ante la sociedad, ante otros acontecimientos históricos. Es como un cuerpo ante los demás, con una expresión y fisonomía propios.

Esta actualidad cobra un rostro, con los medios de comunicación modernos, que no se daba antes. Quien asiste al festejo taurino, forma parte de él y ciertamente lo ve, pues no sólo ve la faena, sino que percibe el todo, pero, si bien le está presente la corrida, él es parte constitutiva de ella. En cambio, aunque el que ve un vídeo en alguna plataforma o incluso quien ve una retransmisión en directo no forme parte del acontecimiento, sin embargo le está presente, es algo que le es actual, pero solamente ve virtualmente una corrida y es que no forma parte de ella.

Antaño esa actualidad era muy limitada. Antes de las crónicas periodísticas del día siguiente o de las retransmisiones radiofónicas, para quien no formaba parte de la corrida, el cuerpo que la hacía presente eran solamente los muros de la plaza, los ruidos y sonidos que desde ella se oían, los comentarios posteriores de los afortunados aficionados que habían podido asistir a ella.

Pero, sin duda, esa actualidad cobra un carácter especial cuando el triunfo se hace éxtasis y las puertas de la plaza quedan desbordadas por quienes a hombros y, en loor de multitudes, llevan al maestro más allá de los muros de la plaza por las calles, trascendiendo lo acontecido allende el interior de la corrida. El acontecimiento queda sobrepasado por el reconocimiento y agradecimiento a quien, arriesgando su vida, ha llevado a los presentes a esa pequeña y fugaz transcendencia y sublimidad para la que el arte es: el entusiasmo».

En nuestro paseo, dejábamos, en ese momento, a nuestras espaldas la plaza de Manuel Becerra y Ortega dijo: «Ya casi hemos llegado a la Plaza de Toros. Curioso nombre, por cierto».

«Y sí que lo es en verdad —dije—. Pues no es como ésta que atrás queda, que está abierta, por las calles que la penetran y cruzan, al tránsito de personas y vehículos. La de Las Ventas no es una que siempre fuera plaza abierta y que solamente, en la ocasión taurina, se cerrase, con carros antaño o con cualquier otro elemento, a que por las fauces de las calles pudiera entrar o salir de ella cualquier cosa. Pero, a pesar de su clausura permanente a la desembocadura de calles en su interior y a que la gente pasee por el albero, sigue siendo plaza, no simplemente por una inercia del pasado, sino porque, para que haya corrida de toros, ha de haber plaza verdadera, ha de ser *ágora*.

Uno de los acontecimientos que forman parte de una corrida ha lugar en el encuentro entre la plaza y quienes participan en el festejo, incluidos los toros. Todos ellos hacen que ese edificio sea plaza de toros, porque de-suyo, no lo es, lo es gracias a quienes le dan vida como tal. Cataluña está llena de cadáveres de plazas de toros, pudieran revivir como tales, pero hoy por hoy, como plazas de toros están muertas esas construcciones. El que fuera anfiteatro romano en Nimes, como tal, es una reliquia del pasado, es un cadáver de anfiteatro, pero, gracias a que tenía aptitud para ser plaza de toros, aunque no fuera construido pensando en esto, encontró una nueva vida gracias a quienes participan en las corridas de toros que allí se celebran.

Pero no solamente el encuentro repercute en el edificio, sino que éste, en su encuentro con la gente y los toros, los cualifica. No es lo mismo una corrida en Ronda, con toda su historia, que en una plaza no permanente. Con los mismos aficionados, toreros y ganado, habría corridas muy distintas dependiendo de dónde se celebrasen. El lugar y los otros aconte-

tecimientos que forman la corrida se encuentran y, al hacerlo, se cualifican y conforman mutuamente.

Hacer de una construcción plaza de toros supone que quienes entren en ella la conviertan en *ágora*, en espacio de ciudadanía, de opinión, diálogo y decisión sobre algo público: la corrida de toros. El aficionado que asiste a la corrida no es un simple espectador pasivo, no es sin más un otro yuxtapuesto a los demás con una relación meramente individual con lo que ocurre en el ruedo, pero tampoco conforma una masa informe despersonalizada. Las relaciones de unos y otros en la plaza pueden ser, en algunos casos, de amistad o de familia, pero la que hay entre todos ha de ser de vecindad, algo que se deja sentir cuando el respetable toma decisiones o en la presencia de una autoridad que no cumple un papel meramente simbólico, sino que la ejerce sobre toreros y espectadores y no simplemente por cuestiones de orden público. Los espectadores con una presidencia son asamblea y eso es lo que, ante todo, hace de la construcción plaza.

De *ágora* mediterránea, en cuanto a construcción, solamente conserva la plaza de toros la apertura hacia el cielo, lo que da lugar a otro acontecimiento, que es el encuentro con los avatares de los meteoros. El viento, v. gr., se convierte en algo adverso y, a su vez, conforma el desarrollo de la lidia. ¡Cuánto pierde un festejo en un coso cubierto! En esos casos, parece como que estuviera a punto de ser disecado. Se pierde mucho de la presencia sobre nosotros de lo indomable del campo en lo urbano, recuerdo perenne de que, por más que la inteligencia y el orden se impongan al noble ímpetu del astado, el hombre sigue siendo un limitado mortal que del campo viene.

La plaza de toros es además un campo acotado como el *témenos* griego. Como un templo es espacio consagrado, en este caso, lo ha de ser a la celebración del auto sacramental taurino. Cuán extraño es cualquier espectáculo profano a la plaza, es como si la mancillara. En cuanto que es espacio para la contemplación que el arte nos brinda, la plaza de toros no solamente es *ágora*, sino también *témenos*. Por eso, una corrida de toros no puede quedar reducida a mero espectáculo ni a espacio de disputa.

Lo que no es la plaza de toros es *oikía*. Del hogar, con toda la carga de lo cotidiano, a la plaza se va y de ella a él se vuelve rumiando lo allí vivido, acaso el haber sido llevado más allá de los límites de las propias costas».

«Y ahora que casi a la mano tenemos la plaza y que a su término va a llegar nuestro paseo —dijo Ortega—, ¿dejará de haber alguna vez corridas de toros? ¿Qué le parece a Vd.?».

No sin algo de melancolía les dije: «Todo lo que nace desde la historia, en ella, puede morir. Las corridas de toros no fueron algo creado en un gabinete, no fueron ocurrencia de un ingenioso individuo ni de un empresario sagaz, nacieron de un pueblo que tenía unos valores y espíritu, un pueblo que creía en la vida perdurable, en la trascendencia de la vida humana, que tenía una idea del hombre y su jerarquía en el mundo, que tenía viva la natural que-  
rencia a ser siempre y a ser más: fue un milagro cultural sin par en el mundo. ¿Las corrientes profundas de la intrahistoria lograrán sobreponerse al hodierno oleaje nihilista de la superficie? ¿Podrá persistir la fiesta taurina bajo la furia de esa marejada? ¿Será capaz de ser uno de los pocos reductos que, a lo largo del tiempo, hacia un nuevo renacer, preserve esa riqueza de valores? ¿Podrá ser un espacio en que hoy tenga lugar la transmisión a nuevas generaciones de la esencia de ese espíritu del que nació y que trasciende la corrida de toros? En la medida en que los que conforman las corridas se entreguen al nihilismo, en esa medida, la fiesta morirá».

Llegamos por fin a Las Ventas del Espíritu Santo. Delante de nosotros, solemne, modesta y hermosa estaba la plaza de toros con ese «Año 1929» a la vista, que nos anunciaba su cercano centenario. Mientras miraba a ese tan madrileño neomudéjar y observaba cómo los aficionados se iban acercando y entrando en el coso madrileño, dibujando irregulares radios hacia un centro, no pude por menos de preguntar a mis insignes contertulios cuál era el cartel.

«Esta tarde todo es posible —respondió Ortega—. Hoy torear Joselito y Belmonte toros de Pérez de Laborda».

Cuando me volví, Zubiri y Ortega ya no estaban. No sé por qué, en ese momento, me llevé la mano a la cartera. En ella tenía, sin saber cómo, una entrada de las de antes, de papel. La cogí e hice un primer movimiento hacia la puerta, pero no pude, como le ocurriera a Francis Bacon ante la Galería Doria Pamphili, que no fue capaz de entrar a ver el retrato que Velázquez hizo del Papa Inocencio X y que tantas veces había versionado. Y así, por puro estremecimiento, me quedé fuera, pero no me marché.

Sentado en un banco, seguí viendo hasta el final cómo concurrían los aficionados a la corrida. Y me quedé escuchando. No al margen del

acontecimiento, sino formando parte de él como un ermitaño está unido a los demás hombres. Nada podía ver de su interior, ni un toro entero ni tampoco los trabajos de escayola de Julián Nuño en el palco. Sonaban los clarines y timbales, el rumor de los tendidos se hacía silencio, unas veces de expectación o temor, otras contemplativo. Aplausos, ovaciones, gritos de aprobación y júbilo. La banda atacó el pasodoble *En er mundo* y el clarinete del maestro Eduardo Martín rompió la luz de aquel cielo azul y plata: una vista hermosa. Fue una magnífica tarde de toros. Pero no fue ficción de realidad, sino, como diría Zubiri, realidad en ficción... y también en concepto.

### Referencias

- Ortega y Gasset, J. (2004). Ensayo de estética a manera de prólogo (pp. 664-680). En J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. (Vol. I). Taurus.
- (2006a). Introducción a Velázquez (pp. 896-930). En J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. (Vol. VI). Taurus.
- (2006b). Papeles sobre Velázquez y Goya (pp. 603-772). En J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. (Vol. VI). Taurus.
- (2009a). Idea del teatro: Una abreviatura (pp. 825-882). En J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. (Vol. IX). Taurus.
- (2009b). Sobre las corridas de toros o secretos de España (pp. 471-472). En J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. (Vol. IX). Taurus.
- Unamuno, M. de (1966). Sobre la filosofía española. Diálogo (pp. 1160-1170). En M. de Unamuno, *Obras Completas*. (Vol. I). Escélicer.
- Zubiri, X. (1983). Ortega, Maestro de filosofía. *Revista de Occidente*, (24-25), 265-270.
- (1986). *Sobre el hombre*. Alianza Editorial – Fundación Xavier Zubiri.
- (2006). Ortega (pp. 225-228). En X. Zubiri, *Escritos menores (1953-1983)*. Alianza Editorial – Fundación Xavier Zubiri.
- (2012). *El hombre y Dios* (2ª ed.). Alianza Editorial – Fundación Xavier Zubiri.

